

Y como está probado que la mayor parte de los desavenidos lo son por no haberse conocido antes bien y por haberse dejado guiar unas veces por el ciego interés, otras por el deseo, en ellas de cambiar de estado y en ellos de satisfacer un capricho del momento, terminamos como hemos empezado, aconsejando con el antiguo refrán al sexo fuerte, que antes que se case mire lo que hace; el remedio es antes fácil, después imposible: y á mis lindas lectoras, que no den su mano más que al hombre que la merezca, después de estar bien seguras de sus buenas cualidades, de la realidad de su amor y de su constancia, probada tras la marcha del tiempo y los vaivenes de la suerte. Sólo así podrán encontrar la felicidad.



— María, amor mío: aquí en esta soledad que parece acercarnos á Dios...

LA PLAYA DEL JURAMENTO

I

El día estaba sereno y la atmósfera tan templada cuanto es posible en el mes que abre siempre la puerta á un nuevo año. El hermoso cielo de Madrid ostentaba su celeste manto, el sol brillaba radiante, y la linda María, aprovechando la bonanza del tiempo, jugaba y corría con bulliciosa algazara por las floridas calles de su jardín.

¿Quién era María?

Una encantadora niña de doce años, morenita, alegre y graciosa, con linda boca de grana, sonrisa divina y ojos fascinadores.

El hermoso jardín por donde paseaba circuía completamente un precioso hotel del mejor gusto arquitectónico, propiedad de D. Justo Gutiérrez, padre de la graciosa niña.

María corría, alegre y ligera, tan pronto á cortar una flor como á coger alguna pintada mariposa que de sus manos huía esquivada, arrancando con su ingratitud á la morenita vivos apóstrofes que al instante se convertían en francas carcajadas.

Cuando se hubo cansado de tan activo ejercicio, sentóse junto á la verja que el jardín circula y se puso á formar un ramo, mientras cantaba con afinada entonación los aires de una popular zarzuela. De pronto cesaron los gorjeos de la alegre niña y se puso en pie de un salto toda asustada; había oído encima de su cabeza un ruido extraño, semejante á si un árbol se desgajara. Miró hacia arriba alarmada, y... ¡oh asombro!, en uno de los grandes árboles que próximos á la verja y por la parte exterior había, vió á un muchacho que se arrellanaba en lo alto del grueso tronco y en lo más espeso de la frondosa copa.

— ¿Qué haces ahí? — gritó resueltamente la niña.

— Huir de mi verdugo — contestó no menos resueltamente el muchacho.

María vió, en efecto, dos hombres que doblaban en aquel instante el ángulo formado por el hotel y miraban por todos lados desorientados, siguiendo luego su marcha.

El muchacho respiró con fuerza.

— Pero ¿quién eres tú? — preguntó la niña.

— ¿Yo? Ramón Castilla.

— ¡Muy señor mío! — repuso riendo. — ¿Es ése tu padre?

— No, es mi verdugo, ya lo he dicho. Yo no tengo padre ni madre, ni familia alguna.

— ¿Estás solo en el mundo?

— Solo, muy solo.

— ¡Eso debe ser muy triste!

— Tan triste es, que empiezo á vivir y ya quisiera haber muerto.

— ¡Pobrecito! — exclamó llena de compasión María.

— ¿Y tienes dinero para sostenerte por ti mismo?

— No cuento con nada; pero antes que volver á casa de ese hombre, pediré limosna, y si no me la dan, me dejaré morir en el rincón de una calle.

Un desgarrador sollozo cortó la voz del pobre niño. Transparente velo de lágrimas cubrió también las brillantes pupilas de María, la cual se apresuró á decir con su natural viveza:

— Eso no sucederá. Enjuga tus lágrimas, y antes de que vuelvan tus perseguidores, baja por este lado de la verja.

El muchacho no se lo hizo repetir. Bajó con la agilidad de un consumado gimnasta, y los dos niños se contemplaron frente á frente.

Ramón era un robusto muchacho de trece años, desarrollado y esbelto, de varoniles y hermosas facciones cubiertas por interesante palidez, grandes ojos negros de brillantes pupilas, y cabellos del mismo color cayendo en rizos sobre la blanca y despejada frente.

María quedó satisfecha del examen, y el examinado aprobado sin reserva. En cuanto á Ramón, sus expre-

sivos ojos demostraron hartamente claro lo que admiraba á su salvadora y la inmensa satisfacción que sentía por verse bajo su protección.

— ¡Gracias, gracias! — exclamó el pobre niño, trémulo de emoción.

— No nos detengamos aquí, que podrían verte — dijo ella. — Sígueme, voy á presentarte á mi papá para que te ampare y ponga al abrigo de tus perseguidores.

— ¡Dios te bendiga, generosa niña! ¿Cómo podré pagar lo que hoy haces por mí?

— Siendo mi hermano, mi compañero.

Un estremecimiento nervioso recorrió el cuerpo de Ramón al oír aquellas palabras, y sonriendo tristemente, inclinó la cabeza sobre el pecho sin contestar. Sin duda su despierto pensamiento abarcaba todo el alcance de la frase tan sencillamente formulada por la inocente niña, y se decía con amargura que no la volvería á oír de aquellos labios cuando la crisálida, dejando su envoltura, llegara á ser mariposa.

María, saltando gozosa, y Ramón, callado y meditabundo, llegaron al elegante vestíbulo, penetrando luego en el despacho de Gutiérrez.

Este señor, de regular edad, de aspecto distinguido y noble rostro, se hallaba escribiendo con afán.

Al ver entrar á su hija con tan extraño acompañante, soltó en seguida la pluma, y su asombrada mirada interrogó.

La niña cogió á Ramón de la mano y dijo con jugueteada gravedad:

— Te presento á mi amigo Ramón Castilla, que como fenomenal fruto de un extraño árbol, ha caído de él á nuestro jardín.

— Vamos, María — repuso su padre, — ten juicio una vez y dime lo que esto significa.

— Significa que las ramas de un árbol inmediato me han hecho este regalo, y te lo traigo para ponerlo bajo tu protección.

— Explícate de una vez, que no te entiendo.

— Pues oye lo que ha pasado.

María contó aquí la repentina aparición del muchacho y cómo lo había librado de sus perseguidores.

— ¿Y dices que eres huérfano? — preguntó con interés el padre de María.

— Huérfano y solo en el mundo, señor.

— ¿Por qué te perseguían esos hombres?

— Si tiene usted la bondad de escucharme un instante, lo sabrá todo.

— Habla; tu aspecto me interesa y tu despejo me agrada.

— Gracias, señor. Nacido en la montaña de Santander, fui huérfano de madre en el día que vine al mundo y de padre á los cinco años. Sin más bienes que el pequeño sueldo que mi padre cobraba por su modesto empleo, hubiera muerto al faltarme éste á no recogerme una vecina que, tan pobre de recursos como de buenas cualidades, me crió con el negro pan de la crueldad amasado con mis lágrimas. El mismo día que cumplí los doce años, puso en mis manos un

llo con una muda de ropa y me anunció que por la noche partiría para Madrid con el objeto de que un hermano suyo, comerciante de ultramarinos, me recibiera como dependiente. ¡Vi el cielo abierto! Escapar á la tutela de aquella terrible mujer, venir á Madrid, ocuparme en algo que pudiera crearme un porvenir, era para mí la mayor de las felicidades. Llegué á Madrid lleno de ilusiones y esperanzas que se desvanecieron bien pronto. Si mi anterior explotadora había sido una harpía, su hermano era un tigre, y yo, el esclavo, sólo había cambiado de dueño; mi vida de tormentos se reanudó en escala ascendente. Metido en aquel tenducho de aire viciado y escasa luz, yo, acostumbrado á la pura atmósfera del campo, me ahogaba; pero mi amo me retenía siempre allí, haciéndome sufrir toda clase de humillaciones y tormentos. En tan triste cautividad he pasado un año. Hoy que la crueldad del miserable estaba excitada por la borrachera, desahogó en mí sus feroces instintos; pensé que si no apelaba á la ligereza de mis piernas me mataba, y saltando el mostrador eché á correr seguido de él y un digno amigo suyo. Al volver la esquina de esta casa los perdí de vista, y subiendo á un árbol me escondí entre sus espesas ramas; allí me vió esta señorita, y gracias á su bondad estoy libre de mis perseguidores. Ahora ruego á usted, señor, haga de mí lo que quiera; pero no me entregue á mi verdugo.

Hubo un instante de silencio. Gutiérrez meditaba y la niña contemplaba enternecida á su protegido.

— Ramón — dijo al fin el primero, — me has interesado vivamente, y pues á mí te acoges, yo te amparo, siempre que no hayas mentido.

María lanzó un grito de alegría. Ramón cayó de rodillas sin poder formular una palabra.

— Bien, bien, basta de extremos — dijo el generoso señor. — Lo primero es averiguar si has dicho la verdad, y voy á saberlo.

Y tomando el sombrero, se alejó.

Ramón quedó en la misma postura; arrastrándose hasta la niña se apoderó de sus manos y exclamó, besándolas con ternura:

— ¡Cuánto te debo! ¿Cómo podré pagarte?

— Ya lo he dicho; siendo mi hermano.

II

En la hermosa, fértil y pintoresca provincia de Asturias, la deliciosa Suiza española, según la denominan los extranjeros, y á dos leguas de Gijón, la segunda perla del Cantábrico, hay una linda y pequeña villa bañada por el arrogante Océano, alegre y hospitalaria, rodeada de campiña deliciosa y de paisajes encantadores: es Candás, pueblo pescador durante el invierno, y en el verano favorecido por numerosas familias del país, de diferentes provincias y de la corte, que van á buscar la salud en su segura playa, ó la placidez de su pura atmósfera.

Era domingo y una hermosa tarde de estío, de

fresca brisa y limpio cielo, tarde de diversión para los forasteros y de descanso para el marinero que todá la semana agita los remos y lucha con los elementos.

Los pescadores lucían en la taberna ó bailando la *giraldilla* sus trajes de fiesta, y la linda y á la sazón serena playa no se veía surcada por la velera barca: estaba casi desierta. Y decimos *casi*, porque en ella se veía una barquilla que impide nuestra rotunda afirmación.

Inmóvil en medio del mar, parecía abandonada porque nadie movía sus remos, y sin embargo en ella había dos personas, un hombre y una mujer. Eran Ramón y María: el muchacho convertido en un gallardo joven; la niña transformada en mujer de graciosa fisonomía y hermosísimos ojos; pero ¡ay! que en ella habían sustituido á las alegrías de la infancia las sombras del dolor.

Con las manos enlazadas, se contemplaban extasiados buscando cada uno en los ojos del otro el fluido que los electrizaba.

¿Cómo estaban allí los dos jóvenes que tan dichosos dejamos en el lindo hotel de la corte?

En dos palabras referiremos lo más esencial.

Adoptado Ramón por el generoso banquero, padre de María, recibió esmerada educación y la vasta instrucción que tanto ansiaba poseer. Siguió la carrera del comercio, terminada la cual fué el secretario particular de Gutiérrez. Todo marchó perfectamente, cre-

ciendo de día en día la confianza del protector hacia el protegido y la gratitud y el cariño de éste á aquél, al mismo tiempo que cambiaba lentamente de fase la entusiasta ternura de los dos muchachos, hasta que malos negocios é imprudentes jugadas de bolsa determinaron la ruina del banquero, á la cual siguió su muerte. Huérfana y pobre, María se retiró al referido pueblo de la costa, donde conservaba una pequeña posesión, con el producto de la cual esperaba cubrir sus exiguos gastos. Ramón la acompañó, y temeroso de dejarla sola tan pronto, siguió viviendo en el pueblo hasta verla más tranquila.

La gallarda pareja callaba y meditaba, blandamente mecida por el suave oleaje.

María rompió bruscamente el silencio, diciendo como quien responde á su propio pensamiento:

— ¡Imposible, Ramón, imposible!

— ¿El qué? — preguntó él, saliendo al mismo tiempo de su tenaz preocupación.

— ¡Imposible que tú te vayas dejándome sola con mi dolor, imposible que yo viva sin ti! ¡Imposible, lo repito, me moriría! Tú sostienes mi vida; sin tu presencia moriría, como el pobre pez, que tan brillante sacan de este mar, muere al perder el agua, su elemento de vida.

— ¡María mía! — exclamó Ramón, estrechando sus manos con pasión. — Será horrible, en efecto, separarnos, será espantoso destino; pero... ineludible.

— No, Ramón, tú no querrás que tu María muera:

me matarías. Te amo tanto, tanto..., que renuncio á expresártelo. Me siento incapaz de pintar cosa tan grande. Si mi corazón es pequeño para contener esta pasión, ¿cómo ha de ser mi lengua capaz de traducirla?

— Porque lo mismo te amo yo, porque te adoro como los ángeles adoran á Dios, quiero partir. Escucha, María, sin interrumpirme. Desde el momento en que tu mano caritativa me salvó del miserable que me perseguía y tu padre me recibió por hijo, nuestros corazones se unieron por un gran cariño que luego fué inmenso amor. Hace ocho años que nos amamos; ya ves si en este tiempo habrá crecido pasión que tan grande empezó. Ser tu esposo es mi mayor anhelo, mi sola esperanza; pero no lo seré hasta poderte ofrecer un porvenir tan brillante como el que has perdido.

— ¡Fatal ambición que causará nuestra desgracia!

— ¡Santa ambición que Dios protegerá por ser en beneficio de uno de sus ángeles!

— Yo no deseo la opulencia que tanto me ha hecho sufrir — dijo la joven con firme acento.

— Yo sí — repuso él. — La deseo por ti, y... ¿á qué negarlo?, por mí. Siento en mi ser algo que se agita pidiéndome más espacios, ancho campo en que extender el vuelo de mi incansable actividad, donde pueda alcanzar un puesto que me lleve á ser algo en la sociedad. En España vegetaríamos desempeñando yo la teneduría de algún comercio, arrastrando una vida mezquina para ti, acostumbrada á los esplendores del

lujo, y para mí monótona. Mientras que..., perdona, vida mía, sé que te voy á causar un dolor, pero es preciso; mientras que en Cuba puedo hallar el porvenir que anhelo. Allí cuento con amigos que me protejan, y ayudado por ellos lograré con mi trabajo una fortuna que podré venir á ofrecerte con mi mano, con mi amor, que será eterno como mi gratitud.

— Sí, pero antes una separación indefinida, quizá sin término, y tal vez la muerte, en lugar de esos dorados sueños que te ofuscan.

— No pienses en eso, que si tú ruegas por mí, ni enfermedades ni peligros me abatirán.

— ¡Quién sabe — repuso María sollozando, — quién sabe lo que puede suceder! ¡Países tan lejanos! ¡Un mundo nuevo, deslumbrador para ti que tienes la fiebre de lo desconocido! ¡Mujeres hermosas! ¡Quizá me olvides, Ramón, en cuanto las veas!

— ¿Olvidarte? — interrumpió él exaltado. — No blasfemes, no desatines. Pues además del amor que nos une, ¿no me liga á ti la gratitud con todos sus deberes? Si te olvidara, sería el más vil de los miserables, y no te he dado motivo para que sospeches en mí tal infamia.

— Perdona, Ramón; el dolor me trastorna.

— María, amor mío: aquí, en esta soledad que parece acercarnos á Dios; sobre este mar en que se ve palpitar su poder y brillar su gloria, abismo insondable que reciba mi cuerpo si faltó á lo que hoy te ofrezco, juro no olvidarte nunca, juro hacerte mi esposa sean cuales fueren las circunstancias de mi vida.